

hacen otros iguales en distintas partes del mundo, y obligan muchas naciones á que los crean. ¡Y con qué individualidad estan todos escritos! Todo está circunstanciado en el Evangelio: el tiempo el lugar, los testigos, las personas, su clase, su nacimiento y hasta su nombre. Este Evangelio se publica, y corre en el mundo en el tiempo en que estaba todavía fresca la memoria de los hechos; nadie los contradice, porque todos saben que eran verdaderos y públicos: ¿cómo, pues, se pueden comparar con las fábulas que los ignorantes creen sin exámen ni pruebas?

A esto respondí: Para juzgar, padre, estos milagros, seria menester haberlos visto, y tan de cerca que se hubieran podido examinar todas las circunstancias; y á pesar de toda diligencia seria todavía posible engañarse: porque ¿quien conoce todas las fuerzas de la naturaleza? ¿quién puede tener bastante perspicacia para descubrir todos los artificios secretos de los impostores hábiles? Y si los testigos mas ilustrados pueden ser seducidos, ¿cuánto mas lo pueden ser los que no los saben sino por testimonios ajenos?

Vos no quereis con razon que los hombres se fien en las opiniones de los sabios, para entregarse á la incredulidad; y vos quereis que se fien en la relacion de milagros que han podido ser creidos por ignorantes ó débiles, para reglar por ellos su creencia: esto me parece inconsecuente.

Lo mismo digo de los mártires. ¿Qué me importa que haya habido hombres ilusos ó fanáticos, que por tenacidad ó por falsas ideas hayan preferido á la vida el teson de sostener una religion y sus dogmas, cuando yo veo que el mundo ha estado siempre lleno de espíritus ilusos, que han hecho el mismo sacrificio por errores que eran evidentes? ¿Qué religion por absurda que sea no tiene hoy sus penitentes, y no ha tenido sus mártires? Si el martirio fuera, pues, una prueba decisiva, todas las religiones fueran verdaderas, y la cristiana no seria por eso mejor que las otras.

Lo mismo pienso de otra prueba que los cristianos fundan en los progresos rápidos de su religion; pues todas las otras pueden alegar los mismos, y mayores. El filósofo no extraña esto, porque sabe que el hombre es naturalmente tímido y supersticioso; y que toda nacion que está todavía en el rudo estado de la naturaleza, adoptará sin necesidad de mucho esfuerzo cualquiera religion que se la presente, temblará de sus amenazas, y se consolará con sus ilusiones.

Así, pues, su extension no puede probar su divinidad; el paganismo tuvo mayor extension que la religion cristiana. Pero sin subir tan alto, ¿qué progresos no ha hecho casi en nuestros dias el mahometismo? En poco tiempo se propagó como un fuego devorante casi en toda el Asia, en la mayor parte de Africa y en no pequeña parte

de la Europa: ¿diréis por eso que es la verdadera? Estos son hechos, y no como los vuestros, antiguos y contados por otros, sino palpables y subsistentes: es, pues, ridículo fundarse en pruebas tan fútiles y equívocas; y debemos confesar que sola la religion natural viene de Dios, y que todo lo demas procede de los hombres.

Vos habeis, señor, reunido, me respondió, muchas objeciones: yo voy á responderos con separacion. En quanto á los mártires, pudiera deciros desde luego que en ninguna religion los ha habido jamas sino en la de los judíos y de los cristianos, y si vos conoceis otros, hacedme la gracia de nombrádmelos. La historia pagana en su inmensa extension no cuenta mas que uno solo, que fué Sócrates: no se ve en ella ejemplo de ningun otro que por causa de religion haya sufrido no solo la muerte, pero ni siquiera persecuciones ó tormentos. La razon es muy simple, porque los filósofos gentiles, inventando ó adoptando sistemas religiosos, no pretendian sacrificarse por ellos; su objeto no era mas que mostrar ingenio y adquirir reputacion. Era principio establecido, entre todos, que en la práctica ó la conducta era menester conformarse con la del pueblo: así adoraban en público los dioses de que se burlaban en secreto. Los discípulos de Epicuro, que no creían en ninguno, frecuentaban los mismos templos, y celebraban las mismas fiestas que los

de Sócrates, que habian llegado á reconocer la unidad de Dios. Disputaban en las escuelas, donde era permitido reducirlo todo á problema; pero en la práctica todos se conformaban con el culto recibido: así no habia ni era posible que hubiese mártires.

Pero para destruir de raiz vuestra reflexion, quiero concederos por un instante que haya habido algunos mártires no solo en todas las religiones, sino en cada una de sus sectas: ¿qué sacaréis de esto? ¿Acaso pretenden los cristianos que su religion es la verdadera solo porque sus mártires la han creído? No, señor, no es esto lo que dicen; lo que dicen claramente es que los hechos que refiere el Evangelio, y sobre los cuales se funda su religion, son verdaderos, porque los mártires primitivos que los vieron, los certificaron al tiempo de morir, y que no murieron sino porque los certificaron.

Observad, señor, que estos mártires no lo han sido por sostener meramente dogmas ó verdades especulativas de su fe, sino por atestiguar la verdad de los hechos en que no podian engañarse, y en que su fe se fundaba. Y de aquí debeis inferir la gran diferencia de estos mártires á los de las otras religiones, que no han podido morir sino por sostener dogmas especulativos en que se podian engañar; y debeis inferir tambien que cuando se supongan muchos mártires en las religiones

falsas, su multitud no puede destruir el testimonio decisivo y único en su género que dieron los apóstoles, los primeros discípulos de Jesucristo, y otros muchos fieles que murieron en los primitivos dias de la Iglesia.

Vuestra objecion, pues, muda de medio, y altera el estado de la cuestion, pasando del hecho al dogma; compara los mártires de la mera doctrina con los que lo son ademas de la verdad de la historia; y porque en los anales de otras religiones se encuentran mártires de falsas doctrinas, vos quereis inferir que no se debe creer á los que aseguran á costa de su vida la verdad y subsistencia de los hechos porque mueren.

Ya veis que este raciocinio no es justo ni concluyente, y lo conoceréis mejor si os deteneis á considerar que estos testigos eran soberanamente creibles, pues no podian engafiarse sobre hechos notorios que ellos mismos habian visto, y cuya certidumbre aseguraban á costa de su sangre. Para quitarme la fuerza de esta demostracion, es menester probarme ó que á pesar de su multitud y su conformidad los hechos son falsos, lo que no es posible, ó que en las otras religiones ha habido muchos hombres reunidos, que se han dejado martirizar por otros hechos evidentemente falsos, lo que es mas imposible todavía.

Ademas que no puede haber cotejo entre los fanáticos, que mueren por las falsas sectas, y los

mártires de la religion cristiana. Pues aquí solo es donde se reconocen mártires sin número de toda edad, de toda condicion, de todo sexo, ricos, poderosos, personas de la mayor autoridad y sabiduría, que se ofrecen libremente al furor de los mas violentos perseguidores con asombro de los mismos verdugos, que admiran la fortaleza invencible con que sufren los tormentos mas atroces, y la alegría extraordinaria con que sacrifican su vida por Jesucristo; y cuantos mas mueren, mas crece el número de fieles, siendo la sangre de los mártires arrojada en tierra como una semilla fecundísima que convertia los gentiles mas obstinados, y multiplicaba al mismo paso los cristianos que los perseguidores intentaban extinguir, como lo advirtió Tertuliano, testigo ocular y nada sospechoso.

Vengamos ahora á la extension del paganismo y mahometismo. Cuando los cristianos proponen la del Evangelio, no piensan que esta sola sea una razon característica de su divinidad. Bien saben que si no fuera extendida, seria una señal de no ser divina; pero tampoco ignoran que no basta el serlo para probar su celestial origen. Esta circunstancia es necesaria; pero la verdad resulta de la fuerza de su reunion con todas las demas pruebas que la acompañan. Por sí sola seria sin fuerza; pero reunida á lo demas, completa el cuerpo de sus pruebas, y añade un grado de luz á su evidencia.

Vos comparais la extension y los rápidos progresos del mahometismo con los de la religion cristiana. Pero, señor, ¿qué diferencia! ¿Quién no sabe las causas por qué se propagó tanto la religion de este impostor? ¿Quién no sabe que todo lo debió á su valor, á su astucia y á la fortuna de sus armas? ¿Pero quién ignora tampoco las violencias, las mortandades y las perfidias de que se sirvió? ¿Quién ignora la ninguna prueba de su mision, sus contradicciones, sus fábulas ridiculas y los excesos inauditos de la ignorancia mas grosera?

¿Cómo es posible comparar una secta absurda propagada á fuerza de armas victoriosas y con la punta de la espada: una secta que abria todas las puertas á la ambicion y los deleites, con la fe cristiana, que no predica mas que la austeridad y la mortificacion de las pasiones, y que ha sabido extenderse en el universo sin mas armas ni mas fuerza que la persuasion, los sufrimientos y la paciencia? El prodigio, pues, no es solo que se haya extendido sobre toda la tierra, y aun mas que el mahometismo, pues este no ha ocupado ni ocupa todavia sino los lugares que ocuparon ántes los cristianos; el prodigio está en que se haya extendido tanto, á pesar de que repugna por sus leyes severas á la corrupcion general, y que lo haya hecho por medios que parecian tan opuestos á su logro.

No es, pues, el progreso del Evangelio ni de la Iglesia lo que debe admirar mas; sino que le haya conseguido contra toda apariencia de progresos, sin que la elocuencia le haya ayudado, sin que la autoridad pública le haya sostenido, sino por la sola predicacion de la cruz, que parecia una locura, y contra el torrente de todas las pasiones.

Si Jesucristo hubiera dado batallas como Mahoma, ó si este hubiera sido pacífico como el otro, entónces se les pudiera comparar á lo ménos por ese lado. Pero cuando uno corre el mundo con un ejército victorioso, forzando á que se le rindan cuantos encuentra, y el otro no hace mas que sufrir; miéntas que el uno arma en su favor los pueblos que induce á la rebelion, y el otro se ve abandonado de sus pocos discípulos; en fin, cuando el uno toma todos los medios humanos que son capaces de conseguir sus fines, y el otro no toma ninguno, ¿cómo es posible hallar un punto de comparacion entre los dos? Mas distancia hay entre ellos, que entre la tierra el y cielo.

Por otra parte, ¿quién ha dado la autoridad á este impostor? ¿Qué pruebas ha dado de la verdad de su mision? ¿Quién le ha anunciado ántes de que naciera? ¿Qué profecías le han prometido? ¿Cuáles ha hecho él mismo? ¿Qué milagros se le han visto? Ninguno. Es el único que se ha anunciado á sí mismo; él solo. . . . Aquí in-

terrupí yo diciendo: ¿Qué, padre, no ha hecho ningún milagro? ¿A lo ménos sus sectarios no dicen que haya hecho alguno? No, señor, me respondió; no lo dicen ni lo pueden decir, porque el mismo Mahoma dice positivamente en su Alcoran: „Yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas.” Así no ha sido posible desmentirle.

No ha hecho, pues, milagro alguno; á ménos de que no tengais por tal lo que él mismo decía: que el ángel Gabriel venia á tratar con él, que hacia bajar á su manga una parte de la luna, y que la hacia despues volver á su puesto, ó que él conversaba por la noche con un camello. Estas y otras cosas de esta especie contaba á sus secuaces; pero todos eran hechos propios que pasaban á solas y sin testigos: él los decía con la espada en la mano, y era menester creer ó morir, y lo mas seguro era creer.

Pero, padre, volví yo á decir, no podeis negar que si no hizo ningún milagro particular, sus grandes y rápidas victorias lo parecen. Gran milagro por cierto, respondió el padre, el que han hecho tantos conquistadores, entre quienes se cuentan tiranos, príncipes abominables, pueblos bárbaros y naciones idólatras. Los persas que adoraban el sol, los romanos tan supersticiosos los hicieron mayores en este género, y ántes los habian hecho tambien Nabucodonosor y Antiochó,

príncipes detestables. No eran así los milagros de Jesucristo.

¿Pero cómo se puede hablar seriamente de este asunto? Es imposible leer el libro en que publicó su ley, y que llamó Alcoran, sin asombrarse de que tantas inepcias tan insensatas y tan pueriles hayan podido encontrar partidarios; todo está lleno de absurdos, y lo que es mas, de contradicciones; á cada paso se descubre su ignorancia y su inconsecuencia. Por ejemplo, hablando de nuestros evangelistas, dice que fueron verdaderos, sinceros y santos; y el infeliz es tan necio, que no advierte que si esto es verdad, él mismo es un profeta falso, pues que no los sigue.

Decia que Jesucristo era el Mesías prometido, el Verbo de Dios, su Espiritu y Sabiduría, y despues de haber concedido esto, acaba diciendo que no era mas que un profeta. Reconocia la resurreccion de Jesucristo, y no solo sus demas milagros, sino que aun añadió otros muchos de que no hablan ni el Evangelio ni nuestra tradicion; y no veia que estos milagros eran una prueba contra él que no hacia ninguno; pero era un impostor atrevido que hablaba á pueblos groseros.

Era tan ignorante y tenia tan baja idea de Dios, que le atribuía un cuerpo, jactándose de que le habia tocado la mano, cuya frialdad, dice, que habia casi helado la suya. Del alma tambien tenia falsas ideas, pues la reputaba por un vapor, cuya

masa mas ó ménos extendida en su volúmen, hacia la diversa duracion de nuestra vida. Prometió á sus prosélitos un paraíso de felicidad, y no pudo concebir en él mas que los mas groseros placeres, á los cuales los conducia, permitiéndoles otros semejantes en la tierra por la poligamia; en fin, tan disoluto, que á pesar de la veneracion que le profesan sus partidarios, estan obligados á confesar hoy sus desórdenes, sus injusticias y violencias, no ménos que las de sus compañeros y primeros discípulos, hombres sin costumbres ni probidad, y á quienes permitia toda la licencia de los vicios.

¿Y qué, señor, este hombre y esta religion se compara á la de Jesucristo? ¿Se pueden poner en la misma balanza estos hechos y los del Evangelio? ¿Puede haber valor para medir con la misma vara y oponer gravemente estas ineptias, cuentos y delirios á la fe cristiana, tan santa, tan pura, tan divina, y que está sostenida con tantos milagros y tantos mártires, que han sellado la verdad con su propia sangre? ¿Cómo es posible.... Yo le interrumpí diciendo: Dejemos aparte la religion mahometana, porque conozco realmente que no merece entrar en paralelo, y volvamos á la cristiana, que por otro lado parece tiene sus tachas. En efecto, vos fundais mucha confianza en los milagros de Jesucristo, y tuviérais razon, si pudiérais asegurarnos de que son ciertos, pot-

que los verdaderos milagros no pueden venir mas que del poder divino; pero ¿quién puede darnos esta certidumbre?

Los únicos que nos los refieren son sus propios discípulos. Este canal es sospechoso, y debe serlo mas cuando sabemos que habia libros que combatian ó desmentian estas historias, y que ahora no es posible descubrir sombra ni vestigio de ninguno de ellos; prueba clara de que se ha tenido el cuidado de suprimirlos y aniquilarlos. Si no que se nos diga: ¿por qué los Evangelios han quedado solos? ¿Cómo el tiempo ha podido destruir todo lo que se escribió contra ellos, y los ha preservado de esta ruina? Es visible que el espíritu de partido sostenia el Evangelio, al mismo tiempo que devoraba todo lo que podia desacreditarle. Desde que el cristianismo se hizo poderoso, no quiso sufrir nada de lo que le podia hacer perjuicio; deshizo, destruyó todo lo que nos podia desengañar, y ahora triunfa de que no lo podamos convencer.

Pero, señor, respondió el padre, esas no son mas que conjeturas, y lo peor es que son muy débiles y contrarias á los hechos. Es verdad que los autores que han referido con mas individualidad la historia de Jesucristo, son sus apóstoles y evangelistas; pero nadie ha podido jamas dudar de la buena fe, del candor y la sinceridad de estos hombres, que por una parte eran santos, des-

interesados y contemporáneos, y por otra murieron por asegurar la verdad de lo que habian escrito.

Añadís que no ha quedado sombra ni vestigio de lo que se escribió contra el Evangelio en aquel tiempo; pero estais engañado. Leed la apología de San Justino, y en ella hallaréis todos los argumentos del judío Trifon contra la verificación de las profecías en la persona de Jesucristo; leed á San Ireneo, y veréis en él los sistemas y las pruebas de todos los hereges de los tiempos primitivos; leed á Orígenes, y veréis en él como copia hoja por hoja y línea por línea todos los discursos de Celso para responderle; y este Celso fué el enemigo mas hábil, mas astuto y mas docto de cuantos tuvieron los cristianos. Todos los argumentos mas capciosos, todos los mas ingeniosos y aparentes sofismas que se han hecho hasta ahora contra su fe, fueron inventados por este filósofo: las dificultades que hoy nos repiten los incrédulos, son las que él produjo, y nosotros no necesitamos mas que repetir las mismas respuestas.

Leed tambien á Tertuliano: la mayor parte de sus escritos es contra los judíos ó contra los hereges de entónces, ó contra los gentiles; y veréis como expone todas sus dificultades con escrúpulo, para refutarlas con fuerza. Lo mismo os digo de Minucio Félix, de Arnobio, de Lactancio y de Teófilo de Alejandria. Leed sobre todo á Eu-

sebio de Cesarea, y solo con echar la vista sobre los dos grandes libros que compuso en favor del cristianismo, observaréis los largos textos de Porfirio, que refiere á la letra. ¿Y qué hombre era este Porfirio? El paganismo no ha tenido un defensor tan vehemente ni tan instruido en nuestras historias; pero la Iglesia no ha temido conservar la memoria y el texto de sus ataques, á pesar de su astucia y de su fuerza.

Examinad tambien los escritos de San Cirilo, y hallaréis en ellos copiadas literalmente y con sus propias palabras las objeciones del emperador Juliano, sin omitir punto ni coma. Abrid á San Agustin, y veréis como expone sus combates con la secta de los maniqueos, tan contraria al Evangelio, y que no disimula ninguna de sus razones y dificultades. ¿Pero para qué me canso? Leed todos los padres de los primeros siglos, y si no hallais en todos ó casi todos largos pasages, fuertes y frecuentes objeciones, y algunas veces escritos enteros de los enemigos del cristianismo, no me creais jamas, y decid que yo os engaño sin pudor.

Pero, padre, le dije yo, ¿cómo es posible que ninguna de estas obras subsista original y en toda su integridad? El me respondió: La razon es muy sencilla. Es porque de ordinario se olvida, y no se hace caso de dificultades que quedan respondidas, y de cuya defensa despues de la muerte del

autor, nadie se encarga; es porque es natural que nadie se interese por una falsedad reconocida; es porque la Iglesia, después de haber vencido á los gentiles, tuvo que combatir á los hereges, y no quedando ya de los primeros, se ocupó solo en la conversion de los segundos; es porque las irrupciones de los bárbaros lo trastornaban todo, y la Iglesia en aquel tiempo de confusion y de horror no cuidaba de conservar sino lo que le era preciso: y seria muy injusto pretender que los cristianos respondan de los estragos del tiempo; y mas cuando la suerte de la mentira ó del error es durar poco, ser despreciado y disiparse como el humo.

Pero es fácil juzgar de estos escritos y de los demas que han podido perderse, por los largos y literales textos que nos han conservado nuestros apologistas. Estos escritos eran sin duda los mas célebres, pues obtuvieron la preferencia para ser respondidos; y es de observar en todos ellos que ninguno se atreve á combatir la verdad de la historia, empleándose solo en impugnar los dogmas. Ni Trifon, ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano ni ninguno otro ha contradicho jamas los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles: así nuestros defensores no tuvieron que responder en esta parte, y supusieron siempre la verdad de estos hechos. Pero cómo podian atreverse á desmentirlos si eran públicos y notorios, si la una parte estaba

depositada en los registros públicos, y la otra era conocida y certificada por todos los pueblos?

Yo no veo documento que pruebe que alguno se atreviese entónces á contradecir la verdad de una historia tan pública; pero si alguno se atrevió, es preciso confesar que la contradijo muy mal, pues no pudo detener el celo de los mártires, que cada dia se redoblaba, ni el progreso con que la Iglesia añadía nuevas conquistas á Jesucristo, hasta obligar á los sabios, principes y soberanos á humillarse á los pies de la cruz.

Aquí volví yo á decir: Vos haceis, padre, mucho ruido con los milagros de Jesucristo, como si fuera el único que los hubiera hecho; pero consultad la historia, y hallaréis milagros en todos los tiempos. Para no perdernos en los muchos ejemplos, fijémonos solo en Apolonio de Tyanea, y observad de paso que vuestra historia no puede contar prodigio ni milagro que no cuente tambien la del segundo. Si Jesucristo nació rodeado de prodigios que distinguieron su nacimiento, Apolonio obtuvo la misma distincion; si aquel curaba los enfermos, este hacia lo mismo; si el primero resucitaba los muertos, á la voz del segundo se abrian los sepulcros; y si Jesucristo resucitó, Apolonio renovó el mismo prodigio.

Las virtudes y milagros de Jesucristo no le acarrearon tantos discípulos como á Apolonio: su número era infinitamente mayor, y su gloria mas res-

plandeciente llenó mas extendida parte de la tierra. En Antioquia, Babilonia, Aténas, Nínive, Efeso y Lacedemonia, en el Egipto, la Fenicia y Roma, en España y hasta en las Indias su nombre era glorioso y su persona fué adorada. Si Jesucristo tiene altares, Apolonio tuvo tambien templos, sacerdotes y culto, y hasta los emperadores le adoraron: si Jesucristo resucitado habló con sus discípulos, Apolonio tambien despues de muerto habló con Aureliano, y le detuvo cuando ya iba á destruir la ciudad de Tyanea.

Si Jesucristo ha profetizado lo futuro, Apolonio lo predijo tambien, y sus predicciones fueron justificadas por los sucesos: en fin, vos no me contaréis prodigio ni maravilla de Jesucristo, que yo no os pueda contar otra igual, ó tal vez superior, de Apolonio. Y si vos os jactais de la seguridad y certeza de vuestra historia, yo os diré lo mismo de la mia; pues todos sus hechos estan referidos por autores graves, los unos testigos oculares, los otros contemporáneos, todos sinceros, unánimes y desinteresados. En fin, ni la historia de Jesucristo puede ser mas auténtica, ni sus milagros son mas estupendos, mas públicos ni mas extraordinarios; y yo os dejo sacar la consecuencia para que conozcais la debilidad de vuestra prueba.

Peró si los milagros de Apolonio son falsos, á pesar de tantos historiadores y testigos contem-

poráneos y públicos, los de Jesucristo que no tienen mas apoyo, podrán tambien ser falsos; y si son verdaderos, os diré que pues los milagros de Apolonio no prueban su doctrina, los de Jesucristo no deben probar la suya. No habiendo diferencia en los hechos y en los motivos, no debe haberla en los efectos.

Si decis que él cielo se declaró por el Dios de los cristianos, yo os responderé que tambien se declaró por el de Apolonio, pues le dió su fuerza para tantos prodigios, y tan sobrenaturales. Si me decis que las maravillas de Apolonio eran efectos de la magia, que eran prestigios ó imágenes falaces, acusais á la Providencia, y transformais á Dios en un seductor, que presta su auxilio para engañar á los hombres y perder á sus propios hijos: consecuencia horrible, y que escandaliza á una alma religiosa.

Reconoced cuán poco segura es la prueba que quereis sacar de los milagros de Jesucristo en favor de la religion cristiana; porque ó Apolonio será Dios como Jesus, ó si la historia del primero es fabulosa, á pesar de la fe de la historia, ¿por qué no lo será la de Jesucristo, que no tiene ni otros ni mejores apoyos? El padre me escuchó con mucha paciencia, y cuando acabé me dijo: Yo no pensaba, señor, que quisiérais hacer una objecion seria contra lo que es tan seguro y evidente, con una historia fabulosa, palpablemente

ridícula. Este injurioso paralelo de un filósofo pitagórico con el Salvador del mundo, ha sido propuesto muchas veces; pero ha sido tantas respondido, y tan demostrativamente, que ya no es bueno sino para divertir á los que no quieren examinar nada; pero pues vos os dignais de reñovarle, voy á repetiros lo que tantos han dicho.

La historia de Apolonio, segun las reglas de la crítica no tiene el menor crédito, porque sus autores no son dignos de fe. Veamos, señor, quienes son los que han pasado á la posteridad la noticia de hechos tan extraordinarios, de imágenes tan magnificas. Todos se reducen á uno, y este fué Filostrato, que fué el primero que los escribió, y que léjos de ser contemporáneo de Apolonio, no los escribió sino cien años despues.

Así no pudo ver nada de lo que escribió, y solo pudo repetir los rumores populares, siempre infieles y mas favorables á la exageracion que á la verdad. Ve aquí toda la autoridad de estos prodigios; y se podrá ella comparar con la nuestra? ¿Los cristianos, á quienes acusan de ser tan crédulos, nos apoyamos en fundamentos tan ligeros? Nosotros, señor, no nos fiamos en rumores populares, ni nos contentamos con un historiador que escribió tan léjos de los sucesos, sino que producimos muchos que fueron testigos oculares, y que escribieron (1): „Nosotros decimos lo que hemos

(1) 1. Joann. 1. 1. 2 & 3.

visto;” historiadores, en fin, que nadie ha desmentido, y que sin haberse concertado, estan concordes en todo lo sustancial. Para poder, pues. . .

Aquí le interrumpí diciendo: Me parece, padre, que en este punto no veo en vos la buena fe que he visto en los otros, pues aunque es cierto que Filostrato fué el primero que escribió la vida de Apolonio, y despues de cien años, tambien lo es que no la escribió repitiendo solo los rumores populares, sino sobre las memorias fieles y secretas de Máximo y Merágenes, y mas particularmente sobre las del Asyrio Dámis, que fué el compañero inseparable de Apolonio. Ve aquí, pues, discípulos, testigos y contemporáneos; Filostrato los produce como garantes de la verdad de sus discursos, y debeis confesar que su historia no está ménos apoyada que la de Jesucristo.

Ya iba, señor, á hablar de esto cuando me habeis interrumpido; pero volviendo á ello os diré que estos autores no son mas digno de fe que Filostrato. ¿Qué dice este? Que estas memorias habian estado secretas. ¿Y por qué? ¿qué motivo podia haber para este secreto? La vida de un hombre tan famoso, que habia captado la veneracion de los pueblos, no era vergonzoso escribirla, ni habia peligro en publicarla: se temia, pues, que fuese desmentida por los contemporáneos y testigos. ¿Y qué hizo este Dámis, este compañero inseparable de Apolonio? Se las dió á un amigo,

el cual las pasó á Julia, muger de Severo, y de la mano de esta emperatriz pasaron á las de Filostrato,

Esta es la genealogía ó sucesion de estas memorias. Pero quién me asegura que Dámis era sincero; que era santo y hacia milagros como los apóstoles; que dió su vida por certificar la verdad de aquellos hechos? Supongamos no obstante que lo fuese; ¿quién me asegura de la fidelidad y exactitud de este tercero, de este amigo obscuro que nadie conoce, y que ni siquiera se sabe su nombre? ¿Este *quidam* no ha podido quitar ó añadir en un escrito de que era el único depositario? ¿Sería el primer impostor en el mundo? ¿y no ha podido ser cómplice ó exagerador de los artificios de Apolonio? Yo no lo sé; pero lo puedo sospechar: si quereis que os crea, debeis probarme, como nósotros hacemos con nuestras memorias, que aquéllas no estan alteradas, ni ha sido posible que lo fuesen.

De Dámis pasemos ahora á Máximo y Merágenes. Pero qué confianza puedo tener en ellos, cuando el mismo Filostrato dice positivamente que no se puede fiar en la fe del segundo, y cuando por el testimonio de Eusebio sabemos que Máximo solo hizo una rapsodia ó noticia informe y diminuta de algunas particularidades de Apolonio? Ciertamente autores de esta clase no merecen crédito en asuntos tan extraordinarios. Y Fi-

lostrato, estando á su mismo testimonio, no tenía. Pues qué, padre, imaginais, que Filostrato fingiese tantas y tan grandes aventuras solo por el gusto de fingir? ¿qué motivo se le puede suponer para acreditarlas, y dar tantas alabanzas á Apolonio, sino el de la verdad?

Primeramente, señor, respondió el padre, Filostrato no ha hecho nada, ni la historia me le pinta de tal manera que capte mi veneracion, y me obligue á darle crédito, sobre todo cuando me cuenta cosas tan increíbles. Esta sola razón me basta para no fiarme en su autoridad; pero si quereis escudriñar los motivos que ha podido tener para acreditar estas fábulas, los hallaréis visibiles en la historia. Filostrato queria ganar la estimacion de la emperatriz Julia y el favor de su marido Caracala; era notorio que uno y otro gustaban de todo lo que parecía prodigioso, y que se divertian en oirlo; era conocido el respeto y veneracion que tenía Caracala á Apolonio, y que hablaba de este hombre con entusiasmo; hasta levantar monumentos á su gloria, como se hacia á los héroes y hombres grandes: Dion con otros muchos lo dice, y su testimonio es decisivo.

Por otra parte, Julia era vana, ambiciosa de la reputacion de entendida, y curiosa de novedades; siempre estaba rodeada de poetas, sofistas, gramáticos, hasta géometras; Filostrato era uno de estos sabios que componian su corte, y recibió de

ella las memorias que le habia dado el amigo de Damis; y es natural que las ordenase, añadiendo los rumores populares, para conformarse al gusto de la emperatriz. Los hombres, aunque sean filósofos, son de ordinario cómplices del gusto y de las flaquezas de los príncipes, porque es más cómodo y seguro lisonjearlos que desengañarlos.

Esta conjetura adquiere mucha fuerza cuando se lee su obra, pues se ve en ella, fuera de una adulacion servil, mucha vana ostentacion. En toda ella se descubré una afectacion ridícula de mostrar sin motivo ni oportunidad erudicion y saber, anegando su objeto entre digresiones que le pierden de vista, y que no tienen mas blanco que mostrar la ciencia del autor.

De qué sirven aquellas sus largas y fastidiosas discusiones sobre las panteras de Armenia, los elefantes, los sátiros, y hasta sobre la naturaleza del fénix? A qué conducen sino á mostrar una instruccion frívola aquellas fastidiosas relaciones de los pigmeos que habitan en los subterráneos, de los vasos fabulosos, y que como los autómatas andan como si tuvieran piés; de los montes Tauro y Caucazo, de los rios Hipsalis, Nilo y Pactolo, y en especial de la fuente de Thyanea? De qué utilidad podian ser, ni qué conexion tenian con su objeto tantas cuestiones frivolas que agita, discurriendo hasta no poder mas, y tratando con seriedad cuestiones pueriles, como si

la tierra es mas antigua que los árboles, ó estos mas que la tierra; si el agua ó el vino disponen mejor al sueño, y otras boberías de esta especie? Todo esto junto da una idea del poco juicio del autor, de su frivolidad, y del poco crédito que merece: esto solo bastaria para despreciarle; pero como veo, señor, que dais alguna importancia á su relacion, quiero que la examinemos por menor, para que vos mismo juzgueis si puede ser comparada á la que publicaron los discípulos de Jesucristo.

Vos decis.... Estando en esto sonó la campana, y el padre levantándose me dijo: Señor, nos llaman al coro, pero si me dais licencia, mañana renovaremos esta conversacion. Yo le aseguro que lo deseaba, y con esto se fué. Te confieso que quedé avergonzado de ver que hasta allí no habia podido embarazar con nada á aquel buen hombre, que con su voz suave y con su modesta blandura sabia desembarazarse de todo; pero me recogí para traer á la memoria otras nuevas dificultades que pudieran darle mas trabajo. En mi primera te contaré mis nuevos esfuerzos y sus resultados. A Dios, Teodoro.